

la luminosa ciencia de la política oscura*

CHRISTIAN BAY

En 1850 Thomas Carlyle definió a los economistas académicos como los “respetables profesores de la ciencia oscura”, y desde entonces “la economía todavía no ha podido quitarse tal calificativo”, nos dice John Kenneth Galbraith. En la opinión de Carlyle, los economistas eran hombres de ciencia que consideraban que las desigualdades económicas jamás desaparecerían y que siempre habría clases privilegiadas, opinión que parece ser compartida por algunos otros estudiosos de las ciencias sociales, a quienes tal vez les parezca que la imagen que ofrecen el sufrimiento y la miseria, constituye el mejor de los mundos posibles.

Los respetables profesores de la ciencia política han asumido una actitud similar a la de estos economistas, con la diferencia de que, la ciencia política no puede ni siquiera ser calificada de “oscura”, dado que su estructuración científica se encuentra en un proceso menos avanzado de lo que estaba la economía hace cien años, pues esta última ha contado siempre con elementos fáciles de manejar en el desarrollo de su estudio. Nadie podría dudar que el dinero permite fijar el valor a casi todas las cosas, y de que es expresado en términos matemáticos. Mientras que los estudiosos de la ciencia política, no obstante que han tratado de desarrollar sus propios instrumentos de evaluación, lo único que han conseguido es, por un lado, adquirir precisión y, por el otro, aumentar la trivialidad. En consecuencia tenemos que, tanto la economía como la política se han mantenido al margen de la comprensión real de los valores sociales, lo que en el caso de la política es aún más grave, porque no cuenta con medios más efectivos para precisar sus apreciaciones.

Por otra parte, tenemos también que la ciencia polí-

tica no ha podido tomar mayor consistencia debido a la presión que ejercen sobre ella las instituciones políticas, lo que viene a impedir su avance como una disciplina eminentemente científica.

Todos los sistemas sociales están dominados por clases privilegiadas que desean mantener su *status quo*. Los economistas, al mismo tiempo que hablan de mantener la pobreza, tratan de evitar crisis que puedan afectar tanto a los ricos como a los pobres. A este respecto, el profesional de la ciencia política no se ha quedado atrás: su tarea principal ha sido la de mantener incólume el orden social, llegando muchas veces a impedir que el sistema adoptase ideas renovadoras que pudieran cambiarlo. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en los Estados Unidos, donde durante los años sesenta se ha considerado que la democracia representa al orden social por excelencia y que el pluralismo y la “libre empresa” constituyen el frente que habrá de oponerse al comunismo, llegando al colmo de proscribir todo tipo de *ideología* que no esté dispuesta a luchar contra su influencia.

Ante semejante desacato, nos vemos precisados a volver a definir lo que se entiende por “política”. Recordemos que Aristóteles considera que la finalidad de la política es obtener lo mejor a través de la acción. De entre los seres que habitan este mundo, el hombre es el único que “puede distinguir entre lo bueno y lo malo; lo justo y lo injusto; y como... la justicia es el vínculo humano entre los Estados, quien la administre, estará señalando uno de los principios del orden político en la sociedad”. Entonces tenemos que, la política no es otra cosa que la ciencia donde concurren los objetivos de otras ciencias para estudiar la mejor forma de lograr el bienestar general de la comunidad social.

Este idealismo forma la herencia más preciada que

* Tradujo del inglés: Segundo Portilla.

nos legaran Sócrates, Platón y Aristóteles, y ha hecho que innumerables filósofos e intelectuales hayan sostenido a través del tiempo, el derecho y la obligación de mantener viva la diferencia entre la percepción del hombre como *es* y la concepción de lo que *debe ser*, dando margen a que se establezca la posibilidad de crear instituciones sociales con carácter más humano.

Sin embargo, lo único que ha acontecido hasta el presente es que se desvirtúa esta concepción clásica. A la idea de Aristóteles se le ha planteado un conflicto entre lo real y lo ideal o, en otras palabras, entre la realidad y el bienestar común. Entre las opiniones más osadas y ampliamente difundidas, se encuentran las de Harold D. Lasswell, quien encuadra su concepción de la política en la respuesta a las siguientes preguntas: “¿quién recibe qué? ¿cuándo? y ¿cómo?”,¹ a lo que otros conductistas le han añadido además un “¿por qué?” Dentro de este marco pretenden englobar no sólo al “poder”, sino también a la “autoridad” y a la “legitimidad”. Toda esta terminología debe ser considerada como un supuesto descriptivo más que normativo, dado que, tanto la “legitimidad” establecida a través de encuestas de opinión, como la “autoridad” emanada de quienes toman las decisiones o realizan las encuestas, nada tienen que ver con la justicia ni con cualquier otro concepto normativo.²

A nosotros nos parece que el estudio de la legitimidad y del poder debe realizarse en términos de justicia, o en función de las necesidades del hombre. Pero lo que acontece actualmente es que el ejercicio del poder se ha basado en el manejo de las actitudes políticas; los dirigentes controlan todos los medios de comunicación y de persuasión y no toman en cuenta para nada las condiciones de la realidad social, económica y política. Las bayonetas no pueden ser subyugadas, se dice que exclamó Napoleón, y la verdad es que la tecnología ha permitido mantener la posición de “legitimidad” de cualquier régimen, salvo en el caso de situaciones

¹ Lasswell, Harold D.: *Politics: Who gets what, when, how?* New York, McGraw-Hill, 1936.

² Entre las definiciones más aceptables de ciencia política se encuentran la de David Easton, quien la define como el estudio de “la distribución efectiva de los valores de acuerdo con la forma en que se hace uso del poder”, y el planteamiento de Robert A. Dahls, quien considera que “un sistema político es toda forma de relación humana en la que el poder, el gobierno y la autoridad jueguen un papel importante”. Cf. a Easton, *The Political System*, New York, Alfred A. Knopf, 1953; p. 146 y Dahl *Modern Political Analysis*. Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1963, p. 6.

revolucionarias. De esta manera, la legitimidad *sólo se puede aceptar en sentido empírico*, lo que a los ojos de los conductistas resulta inadmisibles; ya que ellos parten del supuesto de que todo tipo de interés científico que pretenda formular una legitimidad normativa, tendrá forzosamente implicaciones ilegítimas que irán en contra de las necesidades humanas, la libertad y todo lo que pueda significar el bienestar general. Hans Morgenthau ha dicho que la ciencia política ha sido una “ciencia desvirtuada”, “que tanto antepone la conveniencia y la ambición frente al compromiso moral de expresar la verdad”; tal parece que la ciencia política sólo pudo hacerse respetar en cuanto empezó a justificar las relaciones de poder existentes y a colaborar a la conformación de determinada conciencia social. Nos dice Morgenthau que “la importancia de este tipo de ciencia no se basa en la búsqueda de la verdad, sino en su contribución a mantener la estabilidad en la sociedad”.³

Toda filosofía que tienda a expresar los ideales humanos, irá forzosamente en contra del orden establecido. Aquí debemos aclarar que hay una diferencia entre filosofía política y un simple análisis lógico que muchas veces dificulta que se lleve a cabo un cambio. En este sentido, el filósofo se encuentra ante la alternativa poco agradable de ser considerado como subversivo si no acepta mantener el *status quo*, como se ha presentado en el caso de muchos otros estudiosos de las ciencias sociales, quienes al crear profesiones y dedicarse a la enseñanza, no han tenido más remedio que institucionalizarse, y todo su trabajo de investigación ha tenido que ser adaptado a los principios del orden establecido. De esta manera, los objetivos futuros de la filosofía, la política y demás estudios sociales, estarán encaminados al mantenimiento del sistema, lo que es aún más evidente al señalar que la mayoría de los especialistas en ciencias sociales han recibido una educación que *no* les permite darse cuenta que han sido colocados frente al dilema de ser leales a su responsabilidad como intelectuales o asegurar el éxito profesional.

Sin embargo, no es únicamente entre los especialistas donde la ciencia política no ha podido ser puesta al servicio de la justicia y del bienestar general. En los estudios descriptivos sobre la conducta política, llevados a cabo entre los supuestamente “avanzados” electora-

³ Morgenthau, Hans: “The Purpose of Political Science” en James C. Charesworth (ed.), *A design for Political Science; Scope, Objectives, Methods*. Philadelphia, American Academy of Political Science, 1966, p. 73.

dos de los Estados Unidos y de otros países occidentales, se ha descubierto que la gente se muestra bastante indiferente hacia lo que constituye el interés público. Para decirlo con mayor precisión, estos estudios nos señalan que la mayoría de los votantes han reaccionado con apatía e inseguridad cuando han tratado de ver sus intereses, privados y de grupo, en función del interés colectivo. La conclusión a la que llegamos es que esta actitud no es "política", sino que resulta más bien "pseudopolítica".

Por actitud "política" debe considerarse toda actividad encaminada a proteger, de acuerdo con principios universales, las condiciones necesarias para satisfacer las demandas y necesidades del hombre; mientras que por "pseudopolítica", debe entenderse una actividad política *aparente*, que tiene más relación con casos de neurosis individual, en que la gente piensa más en obtener ventajas personales y de grupo, que en el beneficio colectivo. Por lo tanto, la pseudopolítica, significa lo negativo en la política.⁴

Con lo anterior no quiero restar importancia al estudio de la conducta pseudopolítica, pues es innegable que el trabajo efectuado por los conductistas constituye una gran contribución para entender los hechos, tanto políticos como pseudopolíticos. Lo que me interesa es señalar que la investigación de la conducta debe llevarse a cabo dentro de un marco más adecuado, en el que se estudien tanto las actitudes políticas como pseudopolíticas y se les dé una proyección más humana y más auténticamente *política*. No se trata tampoco de considerar a la pseudopolítica como lo "normal" en una "sociedad avanzada", por el simple hecho de que es una actitud que surge de factores tales como la angustia y la injusticia, característicos del orden social imperante. Esta situación nos ha conducido a negar *continuamente* los verdaderos objetivos de la política en el mundo democrático actual, del que sólo se percata una pequeña minoría del electorado, que está libre de la influencia que ejercen *Time*, *U.S. News* y sus equivalentes intelectuales.

Señalaremos enseguida que precisamos urgentemente liberar a la investigación de la ciencia política de la preponderancia de los siguientes supuestos: 1) la investigación de la ciencia política en los Estados Unidos tiene como objetivo mantener incólume al sistema actual y no es posible que de alguna manera pueda

⁴ Ver mi artículo "Politics and Pseudopolitics: A Critical Evaluation of Some Behavioral Literature", en *American Political Science Review*, vol. 59, mayo 1965, pp. 39-51.

pensarse en llevar a cabo cambios radicales; 2) que en el país hay "madurez política", cuando es manifiesto que la mayoría de la población asume actitudes pseudopolíticas; 3) que es imposible y no tiene importancia plantear hipótesis encaminadas a resolver algunos problemas nacionales, como por ejemplo: disminuir el sufrimiento de los desposeídos o bien aumentar la justicia y la libertad; 4) que no se deben desarrollar ni aplicar modelos psicológicos que proporcionasen las bases para el estudio de sus implicaciones políticas. El desarrollo efectivo del estudio científico debe fundarse, en última instancia, en el análisis de las diferentes necesidades básicas del hombre, independientemente de las demandas expresas.

Uno podría haber esperado que nuestra propia profesión hubiera mantenido el compromiso socrático por la defensa de la verdadera política, especialmente en esta época de propagación sistemática —visible y poderosa— de pseudopolítica negligente. Pues como ya lo hemos observado, hay una tendencia a diversificar la enseñanza superior, destruyendo con esto el espíritu autónomo de la universidad. Los problemas y demandas que estudiamos son impuestos por intereses externos, lo que nos ha llevado a olvidar la importancia de los intereses internos, y a despreocuparnos por el bienestar individual y colectivo de la sociedad en que vivimos. Hemos caído más bien en la trampa tendida por las grandes corporaciones industriales, que nos han hecho aceptar como "democrático" al orden pluralista en que vivimos, de modo que, bajo este criterio, nuestras leyes deben ser consideradas legítimas en el sentido más estricto del término. Pero lo peor de todo es que se nos ha hecho aceptar que en el estudio de la relación entre medios y fines, estos últimos no pueden ser estudiados "científicamente".

Creo que sería conveniente examinar uno de los libros que más influencia han tenido entre los profesionales de la ciencia política: *Comparative Politics: A Developmental Approach*,⁵ escrito por Gabriel Almond y G. Bingham Powell Jr., que es quizá la obra más ampliamente utilizada en el estudio comparado de la política. El profesor Almond fue presidente de la *American Political Science Association* durante los años 1965-1966 y ha sido por varios años uno de los personajes más importantes en el campo profesional. Su obra no se limita únicamente al estudio comparado de la política, sino que incursiona en otras ciencias sociales en donde ha llevado a cabo estudios sobre diversos proble-

⁵ Boston, Little, Brown, 1966.

mas; y como si esto fuera poco, es también director de la serie "Studies in Political Development", que publica la Princeton University Press.⁶

Almond y Powell consideran que su libro está dentro de la tradición de los *Federalist Papers* y que el "enfoque funcionalista" se presta claramente para describir su libro. Resulta, sin embargo, que su concepto de "sistema" es más amplio debido a que han sabido utilizar todos los adelantos del desarrollo de la sociología, la antropología y la teoría de la comunicación. Aquí resulta pertinente señalar que Almond y sus colaboradores (tanto pasados como presentes), han hecho importantes contribuciones al análisis de los sujetos, estructuras y procesos dentro del campo político, así como al de resultados de este proceso a un grado tal que se puede decir que han abierto una brecha muy importante para el desarrollo futuro de la investigación política, pues el manejo que hacen de los datos y de otros elementos empíricos, así como la forma en que han sido incorporados al campo de la teoría, son adelantos muy importantes para el estudio del conocimiento político y sociológico.

Sin embargo, mi principal discrepancia está dirigida contra el *uso* que estos autores han hecho de todo este acervo de conocimientos en el estudio comparado de la política contemporánea. No es que se quiera rechazar al "enfoque funcionalista" en sí, sino más bien a que no se hace ninguna referencia normativa que vaya más allá del simple acopio de datos que tratan de ser sistematizados y que se crea que esto constituye por sí mismo el "sistema político". El problema con este tipo de marco teórico es que aparentemente no señala diferencia alguna entre la política y la pseudopolítica, ya que considera a los problemas humanos sólo en una pequeña medida, todo lo contrario a lo expresado por Herbert Marcuse, quien ve en su *Hombre unidimensional* al consumidor de resultados políticos que trata a su vez de ser parte activa del sistema.

Almond y Powell han aceptado algunas de las críticas que se les ha hecho, en el sentido de que sus premisas, o bien resultan conservadoras, o se han mantenido

⁶ Entre otras obras de Almond sobre ciencia política comparada, pueden señalarse: Almond and Sidney Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963. "A Developmental Approach to Political Systems", en *World Politics*, vol. 17, 1965, pp. 183-214. Entre sus otros estudios se encuentran: *The Appeals of Communism*, Princeton, Princeton University Press, 1954 y *The Struggle for Democracy in Germany* (ed.) New York, Russell and Russell, 1965.

estáticas, por lo que en su último libro tal parece que han querido rectificar o ampliar el contenido de su enfoque inicial, cuando dicen que: "necesitamos dar pasos más firmes en el campo del análisis teórico si es que queremos lograr un desarrollo más completo en lo que consideramos como sistema político, al que debemos considerar como una entidad que está siendo modificada constantemente por las circunstancias circundantes."⁷ Sin embargo creo que estos "pasos firmes" por sí solos, no van a impedir la tendencia conservadora e inefectiva de esta clase de política, si es que el "sistema político" se mantiene íntegro, como a su vez debe mantenerse el marco teórico que servirá de base para llevar a cabo un análisis más funcional. El problema de "mantener al sistema y aceptarlo" ha venido a ocupar el lugar del análisis normativo y se ha utilizado como el único medio de evaluación. Luego ¿podríamos esperar que este tipo de investigadores pudieran asumir una actitud verdaderamente profesional? ¿Podrían acaso olvidarse del supuesto de "mantener al sistema" y de su falso nacionalismo? Tal parece que no será posible aunque, desde luego, es loable el interés de Almond y Powell por el estudio de estas cuestiones, que de cualquier manera es importante. Pero, desgraciadamente, resulta que sus planteamientos están muchas veces equivocados e imposible de ser situados dentro del campo normativo. Veamos como ejemplo lo siguiente:

"Si estamos planeando un viaje largo por carretera, es preciso que el automóvil sea revisado cuidadosamente. Debemos aceptarlo, reparar las piezas defectuosas e incluso reponerlas por otras nuevas. Al principio notaremos que las piezas nuevas se encuentran un poco duras, pero en el transcurso del viaje terminarán ajustándose. Lo mismo pasa con el sistema político, donde los funcionarios, diplomáticos y demás integrantes, paulatinamente irán aprendiendo cómo ejecutar debidamente sus funciones y aún en el caso de que se creen otras nuevas y el personal sea reemplazado, quedarán finalmente "ajustados".⁸

Afortunadamente los autores no tuvieron la intención de enseñarnos cómo construir mejores automóviles, ni hasta dónde éstos podrían conducirnos. Lo que han hecho es sacar de una simple deducción lógica que el sistema pluralista de los Estados Unidos es el *verdadero camino*, sin considerar que pueden haber otras posibilidades que resulten menos nocivas para el avance de la humanidad y que no atenten contra la

⁷ *Comparative Politics*, pp. 13-14.

⁸ *Ibid.*, pp. 29-30.

vida de la gente, tanto en el país como fuera de él. Debe ponerse especial atención al hecho de que el "complejo militar-industrial", ha quedado en posibilidad de seguir manteniendo un aparato militar que resulta difícil de ser detenido, pero fácil de ser acelerado (o bien "escalado"), debido a que no existe ninguna manera de efectuar un diálogo político que guíe a la opinión pública. Pero estos problemas parecen no interesarles a Almond y Powell.

Más adelante han reafirmado que la acción política más adecuada es aquella que está encaminada a conseguir lo mejor para el sistema político, cuando dicen que: "todo modelo ideológico surge al fijarse el individuo una serie de orientaciones políticas concretas, que son difíciles de ajustar a las condiciones de la realidad en el momento en que aparecen"⁹ Considero que es válido poner énfasis en lo "concreto" como interés principal, pero se pasa por alto que entre la ideología política y un criterio tan rígido, puede plantearse un conflicto bastante absurdo. En mi opinión lo más objetable radica en su conclusión de que un tratamiento más libre y flexible es y *debe ser* la esencia de una política "avanzada".

El año pasado sugerí a mis estudiantes de seminario que leyeran junto con el libro de estos autores, *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon.¹⁰ El libro de Almond y Powell es superior en lo que se refiere a su exposición conceptual y sofisticación; mientras que el romanticismo revolucionario de Fanon resulta una exhortación más que un análisis. Sin embargo, la diferencia fundamental se encuentra en el tratamiento realista que hace este último sobre el mundo en que vivimos, el cual está lleno de desesperación y violencia, descritos amplia y tal vez exageradamente, pero en ningún momento soslayados. Mientras que en el análisis de Almond y Powell la realidad no ha sido siquiera considerada, como lo demuestra la descripción que hacen de los movimientos revolucionarios a los cuales consideran como "grupos de intereses intrascendentes". "Los sistemas políticos pueden verse afectados en un momento dado por la aparición, a veces frecuente y espontánea, de grupos con tendencias violentas (como fue el caso en Francia durante la Cuarta República, de Italia y de algunos países árabes), o bien no tener ninguno".¹¹ Mientras Fanon nos dice que "los condenados de la tierra" están dispuestos a crear semejantes

grupos como una respuesta al Estado que es el que concentra la violencia. Luego, entonces, esta situación no puede tener una importancia secundaria. El planteamiento de Almond y Powell puede ser válido para todos aquellos que pretenden justificar la guerra que los Estados Unidos mantienen en Vietnam, quienes no se pueden explicar claramente cuál puede ser el interés de un grupo tan "sin trascendencia" (¡Vaya una expresión!), como lo es el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur.

Almond y Powell, al discutir la "capacidad de los sistemas políticos", circunscriben su problemática al bienestar de los mismos, pero nunca al de la gente. Presentamos a continuación la visión parcial que presentan sobre las posibles formas de actuar de los gobiernos frente a las demandas de los desposeídos: "La forma en que las élites responden pueden ser cuatro; la indiferencia, la represión, la conveniencia o la adaptación".¹² Después de esto tal parece que se agota cualquier otra posibilidad; se olvidan acaso de que la izquierda revolucionaria o los sistemas comunistas ya establecidos bien podrían *convertirse* en una quinta forma que podría seguramente facilitar el desarrollo de las demandas políticas de una manera más concreta, pero esto no les interesa, porque jamás ha pasado por su mente la idea de buscar la solución a los problemas de los oprimidos.

Con esto último me estoy acercando a la parte fundamental de mi desacuerdo con la filosofía pluralista, a la que preferiría denominar mejor como "postura", dado que han descartado la posibilidad de estudiar las necesidades humanas y a la justicia, incluso ni siquiera como problemas de análisis empírico. La idea de una consideración política de este tipo podría, tal vez, tratar demandas de grupos que pueden resultar "intrascendentes" y cargados de violencia, pero que en el fondo están dirigidos por gente que está dispuesta a buscar soluciones positivas de acuerdo con sus intereses más legítimos. Tal vez los gobiernos reaccionen con desprecio, los repriman, o bien traten de comprar a sus dirigentes, lo que tal vez sea la forma en que actúan la mayoría de los gobiernos tanto de los Estados Unidos, los países occidentales e incluso los socialistas; pero esto de ninguna manera puede ser considerado como *todo* lo que puede significar una política "avanzada", pues con esto se está renunciando a cualquier interés por la justicia y el progreso, como los

⁹ *Ibid.*, p. 61.

¹⁰ México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

¹¹ Almond and Powell, *op. cit.*, pp. 75-76.

¹² *Ibid.*, pp. 205-206.

finés verdaderos de la política, para *consagrar* la pseudopolítica para siempre.

A pesar de todo, y con riesgo de ser repetitivo, debe decirse que los conceptos del esquema de Almond sobre los procesos y las capacidades de los sistemas políticos pluralistas son, quizá como instrumentos, la contribución más valiosa al estudio de la política. En lo que han fallado es en señalar la forma en que estos instrumentos deberán funcionar, y cómo en la práctica han sido utilizados con el propósito de elogiar la opresión y mantener el estancamiento, en vez de convertirse en un medio que ponga a la política al servicio del hombre. Tenemos varias posibilidades para realizar un estudio empírico en el cual podamos precisar cuáles son las demandas internas y los procesos subsecuentes que se relacionan con las condiciones del bienestar humano, pero al respecto, tanto Almond como sus colaboradores y otros investigadores, se han limitado al estudio del desarrollo y mantenimiento de los sistemas políticos como la variable dependiente general. Los procesos de presión y de ajuste se consideran como algo que sólo concierne a las élites, olvidándose que un verdadero desarrollo político debe proporcionar, al menos privilegiado, la oportunidad de obtener justicia y de que su libertad individual sea respetada.

Un ejemplo de la influencia que el enfoque de Almond ha tenido dentro del estudio de la política interna y externa de los Estados Unidos, lo tenemos en la obra de uno de sus antiguos colaboradores, Lucian W. Pye, quien al hablar de los elementos del desarrollo político que más interesan al común de la gente, considera que: "se ha efectuado un cambio al respecto, en el que ha aumentado el número de contribuyentes, la participación de las masas se ha hecho mayor, se ha desarrollado una fuerte conciencia hacia los principios de igualdad y se aceptan más ampliamente las normas generales de derecho". En los Estados Unidos más de la mitad de los ciudadanos votan,¹³ pero lo más probable es que un porcentaje mayor se sienta identificado con la gloria de las batallas en Vietnam, como televidentes o lectores de *Time* y *Life*, a quienes les parecerá también que tanto la General Motors Company como los obreros tienen los mismos derechos ante la ley, y creerán firmemente en la inviolabilidad de las leyes generales de contratos. Si algún día el desarrollo político llega a cobrar características impor-

¹³ Sin embargo, menos de un dos por ciento ha tenido una participación política de otro tipo. Ver Lester W. Milbrath. *Political Participation*, Chicago, Rand McNally, 1965.

tantes, no será gracias a Pye, quien en su libro más reciente, *Aspects of Political Development: An Analytic Study*, sugiere que los países que aún se encuentran en proceso de desarrollo, traten de imitar en todo a los sistemas de países occidentales.

Lo que Pye ha hecho en su libro es revisar diez tipos de definición de "desarrollo político", finalizando con un planteamiento en el que pretende establecer empíricamente el "síndrome del desarrollo", "en el que se separan todas aquellas características que han sido consideradas como fundamentales por quienes han estudiado los problemas del desarrollo político."¹⁴ Pero, ¿quiénes son los que sostienen este criterio? Naturalmente son los investigadores de la ciencia política en los Estados Unidos y en particular los miembros del Social Science Research Council's Committee on Comparative Politics, del cual han sido presidentes Almond y Pye, quienes han adoptado, además, la costumbre de citarse uno al otro, imponiendo con esto un consenso a la idea del "desarrollo político".

Lo que me interesaba encontrar en estas teorías era la posibilidad de poder relacionar el "desarrollo político" con el progreso de la humanidad, pero lamentablemente, en el caso de Pye, resultó imposible, pues tanto él como Almond pertenecen a esa cada vez más rara clase de intelectuales que, aunque han ejercido influencia en el estudio de la psicología dinámica, no han podido establecer una verdadera teoría en términos funcionalistas pues han dejado al criterio normativo suspendido en el vacío, donde los valores fundamentales han sido sustituidos por una actitud patrioterica que deja de lado el interés profesional por la justicia y la humanidad.

En realidad, resulta muy difícil llevar a cabo una investigación basada en las necesidades humanas, pues cualquier intento se vería bloqueado por los medios económicos y de difusión con que cuentan los grupos de intereses pluralistas. Se precisa, sin embargo, que la investigación sea radicalmente distinta, pues hay conciencia en la gente para hacerlo, como lo pueden asegurar psicólogos y psiquiatras y lo reafirman con mayor énfasis expertos en criminología, penalistas, trabajadores sociales, técnicos en salud pública, antropólogos y sociólogos. En mi opinión, éste es el momento en que los especialistas de la ciencia política reconozcan el significado de este hecho y traten de seguir los postulados de Platón y Aristóteles. Estoy convencido

¹⁴ Las citas de Pye son de su libro *Aspects of Political Development*, Boston, Little, Brown, 1966, p. 45.

que, de no reemplazar los conceptos de sistemas políticos actuales en términos de *necesidad y progreso humanos*, jamás podremos superar esta pseudopolítica pluralista. De suceder este cambio, el enfoque de Almond tal vez resulte obsoleto, aunque también pudiera resultar útil.

Ha sucedido muchas veces que aun a los más escrupulosos investigadores de la política se les ha desarrollado una estrechez de criterio y, en general, no han podido reconocer la responsabilidad profesional que aquí señalamos. Mencionaremos a Oskar Morgenster, quien ha observado que “los estudios de la ciencia política han utilizado mucho de su tiempo y esfuerzos en conseguir un cúmulo de conocimientos que resultan inadecuados para saber el camino que debemos tomar frente al dilema actual”. Esta afirmación resulta difícil de refutar, pero merece que se le pregunte a este distinguido teórico de la guerra fría, ¿qué clase de conocimiento es el que desea ver desarrollado? Según Morgenster, se debe poner mayor atención a “la teoría de los juegos estratégicos”, se lamenta que ni siquiera los consejos de Maquiavelo hayan sido abstraídos para “saber sobre qué bases deben o no construirse los sistemas de norma de conducta”, llegando a sugerir que un planteamiento más completo debe ser aplicado especialmente en dos campos: el *primero* se refiere a la forma como se debe tratar a los oponentes, los no comprometidos y los amigos; el *segundo* deberá señalar cuál es la forma ideal de convivencia internacional en un mundo que cada vez parece venirse sobre nosotros. La sugerencia que nos proporciona posteriormente Morgenster es admirable, pues parece decirnos que, a la vez que considera ridículo el señalar más detalles sobre estos ideales, aconseja que se debe mantener la fabricación de armas hasta que “el adelanto de la técnica nos dé la seguridad de que cualquier nación que iniciara una guerra, estaría en posibilidades de destruirse a sí misma”. Por supuesto que lo que Morgenster entiende es que deberá ser forzosamente cualquier Estado considerado como enemigo potencial de los Estados Unidos.¹⁵ En este caso, lo “ridículo” para Morgenster no es señalar los ideales que deberán regir nuestra vida futura, sino que incluso la calidad “científica” de su argumentación es discutible, pues tal parece que nunca ha reflexionado seriamente a la luz de un análisis sistemático. (No obstante parece reconocer que este planteamiento

¹⁵ Las citas son del libro de Morgenster. *The Question of National Defense*, Vintage Books, New York, Random House, 1961, pp. 273, 274 y 281.

to sugiere mantener un balance permanente de terror nuclear; en vez de permitir la *posibilidad* de que se puedan conjugar, en términos políticos, las aspiraciones de los países socialistas, o que se pudiera llegar a un acuerdo sobre control de armamentos que hiciera viable una verdadera coexistencia política y no militar.)

La omisión en la que Morgenster ha caído radica en lo que yo considero como el fracaso del profesional de la ciencia política que no ha podido desarrollar preceptos *sustantivos* como algo distinto de la racionalidad *formal*. La “racionalidad” ha sido definida en términos de selección de medios para conseguir determinados fines, en lugar de una selección de éstos últimos. Talcott Parsons nos proporciona la explicación más apropiada de cómo se ha venido empleando el término. “Para que un acto sea considerado como racional, debe: a) estar orientado hacia metas no formuladas o hacia un grupo de valores que han sido formulados con precisión y lógicamente consistentes; b) los medios están escogidos de acuerdo con el mejor conocimiento de que se dispone y adaptado para conseguir la meta deseada.”¹⁶ Este concepto de racionalidad, al que yo llamo racionalidad “formal”, resulta indispensable en todo tipo de análisis intelectual, sin exceptuar al de la ciencia política.

Pero quisiera insistir que ésta, por sí sola, no sería suficiente, sino que un investigador social responsable deberá ampliarla más hasta conseguir lo que denomino como *racionalidad substantiva*, la que deberá definir los fines rigurosamente, ya que hasta ahora la política únicamente se ha preocupado por los medios.

Considero que será muy difícil llevar a cabo lo que sugiero, pero al mismo tiempo me parece que no soy el único a quien se le ha ocurrido plantearlo; incluso uno de nuestros más talentosos críticos ha señalado que nuestra profesión, al asumir un criterio “pluralista”, ha renunciado a la responsabilidad normativa, la que no puede legítimamente ser utilizada en los *propósitos* generales de la política. Y así tenemos que Barrington Moore, Jr., en un excelente ensayo llamado *La tolerancia y la actitud científica*, nos dice que “en una sociedad libre, la característica más sobresaliente es la falta de un ‘propósito nacional’ determinado y el hecho de que quienes lo han intentado no hayan obtenido resultados satisfactorios, se ha con-

¹⁶ Parsons, Talcott: “Introducción a Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, New York, Oxford University Press, 1947, p. 16.

vertido en el estigma del Estado totalitario moderno".¹⁷ Aquí cabría preguntar si es que vamos a dar crédito a tal opinión *sin tomar en cuenta* la esencia de lo que se propone y los medios que se utilizarán para conseguirlo. En su ensayo Moore agrega a continuación, que si el hombre debe vivir en sociedad, "debe hacerlo con el menor número de dificultades posibles" y añade después "que el orden social debe ser modificado hasta un punto en que la estructura gubernamental logre evitar el mayor número de sufrimientos innecesarios". Y en lo que señala a continuación me parece encontrar los objetivos fundamentales de la ciencia política, cuando dice que probablemente, "es difícil saber cuando la riqueza de unos está determinada por la miseria de otros, pero a pesar de todo debe tratar de ponerse fin a esta situación cuando sea posible hacerlo".

Las opiniones de Moore no son del todo originales, pero son importantes porque, de hecho, aun los pluralistas más recalcitrantes se resisten a reconocer que el sufrimiento no es necesario. En última instancia, lo que cabe señalar es que la política debe tener como propósito determinante poner fin a todos los sufrimientos del hombre que sean susceptibles de desaparecer y que los investigadores tienen la obligación de estudiar la forma de realizarlo, ya sea dentro de la organización social en general o del gobierno en particular.

Para mí esta exposición resulta incompleta y me invita a expresar mi opinión sobre lo que entiendo que es el verdadero propósito de la política: *éste es idéntico al de la medicina: retardar la muerte y reducir el sufrimiento*. La ciencia política no prescribe drogas, dado que no tiene nada que ver con la fisiología humana, pero sí puede señalar los medios más efectivos para transformar a la sociedad, que nos permitan llevar a cabo lo que Albert Schweitzer denominara como la "veneración por la vida".

Naturalmente que el ser humano es un ente complejo, pero los padecimientos que le aquejan no lo son aunque resultan la mayoría de las veces vitales. Los gobiernos, naturalmente, no podrían evitar la muerte, pero sí pueden asumir la obligación de prevenirla o retardarla siempre que esto sea posible. El gobierno tiene en sus manos los medios para lograrlo y

no precisa pensar si el paciente tiene con que pagar, pues en su defecto serán los contribuyentes los que lo hagan. La tarea del gobierno de una sociedad realmente "avanzada" puede y debe abolir la pobreza, los arrabales, las malas escuelas y algunas otras instituciones que frenan el desarrollo de mucha gente que habita en el campo y las ciudades.

En el caso de la medicina, el compromiso moral resulta más claro dado que, por lo menos en principio está establecido en el juramento de Hipócrates como propósito de la medicina, retardar la muerte y aligerar los sufrimientos. La prioridad del tratamiento se determina no por el mayor o menor número de pacientes, sino por el grado de enfermedad y dolor que puedan poner en peligro la vida. De esta manera no sería posible que en un momento dado el gobierno pudiera impedir que se excluyera del servicio médico a los comunistas o a cualquier otra persona que pertenezca a minorías étnicas o religiosas, cuando una opinión pública así lo pidiera.

Pero, desgraciadamente no hay un juramento hipocrático para políticos y de haberlo no creo que pudiera observarse fácilmente, y es aquí donde nuestra idea difiere de lo que es viable en medicina, pues mientras los médicos le dan preferencia a los pacientes que están más enfermos, el pluralismo y la pseudopolítica, como productos de una sociedad dominada por los intereses económicos, en vez de velar por los intereses de quienes tienen problemas socioeconómicos, tienden a favorecer a los privilegiados.¹⁸ Creo que una situación similar acontece con todo tipo de sistema estable e incluso tal vez podría ser factible que se presentara en el periodo revolucionario de una sociedad comunista, en donde habría algunos grupos que, por motivos de clase, educación, etcétera, podrían tener la facilidad de organizarse en bien de sus intereses y hacerse oír frente a personas con influencia política.

Ante este estado de cosas es urgente que, dentro de los círculos académicos, surjan investigadores de la ciencia política que tengan una mayor integridad. En una sociedad de carácter mercantilista, cuyas instituciones políticas pluralistas actúan injustamente manteniendo la supremacía del más fuerte sobre el débil, el intelectual no debe de ninguna manera sumarse a ella y ofrecer sus servicios como proveedor de información y diseñador de programas, olvidándose por

¹⁷ Véase Herbert Marcuse y otros, *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1965, p. 71.

¹⁸ Esta idea fue sugerida por Mr. James G. Allen, uno de mis estudiantes en la Universidad de Alberta.

completo que desde tiempos muy remotos, la política ha tenido, como principal objetivo, ayudar a conseguir el bienestar común. La situación no puede ser diferente en este momento en el que se precisa el encauzamiento de nuestros estudios e investigación hacia metas que nos permitan crear estructuras y organizaciones que realmente sean capaces de proporcionar la reverencia por la vida.¹⁹

Por supuesto que este compromiso intelectual en el estudio de la política necesita un clima de libertad para estudiar a todos los elementos normativos fundamentales con amplitud de criterio y sistematización. Aquí tenemos todavía que enfrentarnos con otro problema: el prejuicio que considera como radical a todo aquél que demuestre su inconformidad con el orden establecido y rechace los argumentos que justifican su existencia. El radicalismo resulta algunas veces un grave inconveniente para conseguir el éxito profesional, sobre todo porque en el mundo de los negocios se han concentrado todas las tendencias conservadoras, pero nos quedan todavía las universidades de donde nadie podría removernos de nuestros puestos si asumimos una actitud liberal. Las universidades deberán preparar especialistas en ciencia política que tengan una visión distinta de los problemas y una noción más precisa de lo que realmente significa una verdadera "formación", que difiere por completo de la simple "capacitación" que hasta ahora se le ha venido ofreciendo como tal. La manera en que se ha llevado a cabo la educación a todos los niveles ha tenido como finalidad preparar ciudadanos dóciles, pero nunca intelectuales que puedan pensar libremente y expresar sus propios juicios. Todo orden social trata siempre de enseñar a la juventud el respeto por el pasado y a que acepten el presente, pero jamás ha pretendido educarla para que se prepare concientemente y sea capaz de asumir sus responsabilidades políticas en el futuro.

Si los especialistas en ciencias sociales persistimos en hablar únicamente para nosotros y continuamos enfocando la investigación política en los objetivos que *consideramos* como los más adecuados, no seremos mas que un grupo de simples vanidosos y egoístas, pues

¹⁹ La analogía entre la medicina y la ciencia política ha sido estudiada en mi artículo "Beyond Pluralism", publicado en el *Canadian Journal of Political Science*, en 1968.

gozamos de una situación diferente a la de los políticos profesionales y otros investigadores sociales, ya que tanto la universidad como nuestras técnicas de investigación, nos ofrecen la *oportunidad* de estudiar los problemas políticos de una manera objetiva y radical.

Si no tomamos conciencia de esta situación, y tratamos de aprovechar la oportunidad que tenemos delante y asumimos de una vez nuestra responsabilidad como intelectuales libres, creo que los profesionales de las ciencias sociales no pasarán de ser simplemente "los instrumentos que utilizan quienes hacen la historia", según lo señalara C. Wright Mills. Aumentemos nuestra capacidad de razonar sustantiva y formalmente, con el propósito de explicar mejor lo que son la verdad y la justicia, para que no permitamos que la situación política interna e internacional permanezca sin que hayamos intentado transformarla siquiera. ¿En qué otro lugar se podría formar inteligentemente a los futuros defensores de los desposeídos y de las próximas generaciones? Creo que sólo puede ser posible en los centros de enseñanza y las universidades.

El panorama que ofrece la ciencia política en los Estados Unidos en el momento actual, es realmente desolador. En la situación interna, se ha estado librando una pequeña batalla contra la pobreza, mientras que el rico se enriquece cada vez más y el pobre se empobrece más todavía; el desempleo, el crimen y la violencia en los barrios negros se hace cada vez peor. En el exterior, toda la tradición liberal de los Estados Unidos ha sido sepultada en los pantanos de napalm sobre las selvas de Vietnam... Y lo más terrible de todo es que todo esto ha acontecido en nombre de la libertad. Pasarán muchos años para que en los Estados Unidos se vuelva a creer que es posible alcanzar el ideal de que este país es el campeón del derecho internacional, la paz y la dignidad humana. Sin embargo, todos aquellos que quisieran volver a ver de nuevo la imagen del país como una gran nación, deben poner especial cuidado a las acciones que nuestros dirigentes están llevando a cabo, pues parecen ser incapaces de comprender la realidad de los angustiosos problemas que aquejan al mundo de hoy. Yo creo sinceramente que ha llegado la hora de poner punto final a tanta fantasía optimista que los estudiosos de las ciencias sociales han venido fabricando.